

pueblos rurales se despoblaban; y las creaciones pomposas de Federico I, como la academia de ciencias y la de artes, eran mas bien apariencias y ficciones que realidad. La política exterior no obedecía á pensamiento ninguno: Federico I habia sabido resolver el problema de dispersar los 25,000 hombres de tropa prusiana que uno y otro año peleaban por cuenta de la grande alianza, tan sutilmente en pequeños

cuerpos en los diferentes y lejanos teatros de la guerra, que en ninguna parte pudieron hacerse notar como merecian, y todo esto para despues ser despachado en Utrecht sin recompensa alguna. Pariente inmediato de la casa de Orange y su aliado por diferentes pactos de familia, habia esperado heredar el patrimonio de Guillermo III segun este le habia prometido, hacienda evaluada en 50 millones de florines;



Federico I, rey de Prusia. Copia del grabado de E. Desroches, sacado del cuadro original de I. F. Wenzel

pero cuando se abrió el testamento del rey de Inglaterra, resultó que habia instituido heredero suyo á un pariente lejano de la familia de Nassau.

Federico I reclamó la intervencion de los Estados Generales de Holanda como garantes de estos convenios entre Guillermo III y él, pero el gobierno de la república le contestó con frialdad que acudiera con sus reclamaciones á los tribunales holandeses; porque como vecino suyo por sus territorios en el Bajo Rhin le miraba siempre con desconfianza y no le gustaba aumentar su poder. Entre tanto Luis XIV habia puesto la mano sobre el principado de Orange propiamente dicho enclavado en territorio francés. Solo Neufchatel, hoy canton suizo, que formaba parte de la herencia de los Oranges, quedó para el rey de Prusia, porque los representantes de este pequeño principado le dieron la preferencia sobre los demás pretendientes, y porque los suizos le apoyaron. Los

otros trozos de la herencia, enclavados en el imperio alemán, es decir los condados de Moers y Lingen, fueron ocupados por los Estados Generales de Holanda hasta que el general prusiano, príncipe Leopoldo de Anhalt Dessau, arrojó de allí en 1712 á las guarniciones holandesas y las substituyó con prusianas. Estos reducidos territorios eran sin embargo solo una parte insignificante de todas las posesiones de la extinguida familia de Orange que la malevolencia de Guillermo III y la envidia de Holanda quitaron á Federico I.

Idéntica frialdad le mostró el emperador en todas las ocasiones tanto por motivos políticos como por los religiosos; y sin embargo, no hizo Federico I hasta el último momento de su vida mas que sacrificar sus intereses propios y positivos á los de la alianza austro-anglo-holandesa.

Fácilmente se comprende cuál era el derrotero que la sana razon prescribia entonces á la política prusiana. Como en la

guerra de sucesion española no iba evidentemente envuelto ningun interés de la pequeña monarquía prusiana, bastaba que esta facilitara al emperador el contingente obligado como miembro del imperio y fijado por convenios, pero no mas. El resto, es decir, el grueso de su ejército tan brillantemente organizado y disciplinado debía haberse arrojado en la balanza de la guerra entre las potencias del Norte. Allí, suponiendo una direccion sabia y enérgica, podia haber alcanzado la Prusia considerables ventajas. La objecion de que con semejante conducta habria hecho traicion á los intereses de la patria alemana comun, cae por su base con solo considerar, que la Prusia, arrojando de su territorio á los suecos, teniendo á los rusos á raya y adquiriendo la parte polaca de la Prusia oriental, habria prestado al imperio alemán servicios mayores que diseminando sus tropas entre los ejércitos de los Países Bajos, del Rhin y de Italia. Ahora exclaman y tocan el gran bombo patriótico los historiadores austriacos cuando se trata de los intereses de la familia imperial; pero lo que conviene examinar aquí, son los propósitos de esta misma familia en la guerra de sucesion. Entonces dirigia todos sus afanes á ganar para si cuanto pudiera de la herencia española, sin conceder absolutamente nada al imperio alemán, al cual dejó tan desamparado, que ni siquiera pensó en procurarle la indemnizacion mas insignificante por sus sacrificios y esfuerzos. Para los Habsburgos de entonces el imperio era solo un medio de prosperar ellos, y de ningun modo un objeto digno de su solicitud.

Pero Federico I de Prusia ni vió ni menos siguió el único camino racional que dejamos apuntado, y así pasaron sin provecho para su país y su gobierno las muchísimas ocasiones favorables que ofrecieron los acontecimientos de la guerra del Norte para una discreta intervencion de la Prusia en ellos y para lograr un considerable aumento de territorio. Mientras sus tropas peleaban hasta 1712 por la gran alianza y el emperador, Federico de Prusia tuvo que resignarse á ver en la impotencia de evitarlo cómo los ejércitos sajones y rusos atravesaban su territorio para dirigirse á la Pomerania sueca, y cómo los rusos y dinamarqueses se enseñoreaban de las provincias alemanas del Báltico, y sobre todo de la Pomerania anterior cuya adquisicion era una cuestion vital para la Prusia. Apoderáronse aquellos de la provincia excepto la capital Stettin á la cual pusieron cerco, y mientras esto pasaba en la Pomerania, los dinamarqueses acometian á Bremen, entonces ducado perteneciente á los reyes de Suecia; y la guerra asolaba el Meklemburgo y el Holstein. No parecia sino que toda la parte de Alemania que confina con el Báltico habia de caer en manos de extranjeros, entre los cuales Pedro de Rusia se mostró el mas activo en sus disposiciones de establecer allí su dominio de un modo permanente.

Estando las cosas así, murió en 25 de febrero de 1713 Federico I de Prusia. Sucedióle su hijo Federico Guillermo I, tan mal juzgado por muchos.

Federico Guillermo realizó una saludable reaccion contra el modo de gobernar tan vago y dilapidador de su padre. Era el nuevo rey hombre recto, religioso y dedicado en cuerpo y alma á sus deberes de soberano; duro, rígido y severo y de horizonte limitado, es decir de ideas estrechas, incapaz de formar planes trascendentales, y solo apto para ver y comprender negocios de inmediatos resultados, lo cual era por de pronto una ventaja para el país, pero á la larga un gravísimo perjuicio. Su primera obra fué despedir á la gran caterva de chambelanes y otros empleados y servidumbre, y con ellos á los artistas y artesanos artísticos que habia tenido asalariados su padre. Puede formarse una idea de los destrozos que hizo en este ramo al considerar que redujo los

gastos de su corte á cosa de 35,000 ó 38,000 pesetas anuales. Aplicó la grandes economías que así resultaron al ejército; que en el primer año de su reinado se aumentó con 7 regimientos nuevos. Introdujo entre sus tropas, mandadas exclusivamente por oficiales nobles, una disciplina verdaderamente bárbara por lo rígida y minuciosa; la obediencia era ciega é instantánea, y la precision en todas las maniobras y movimientos increíble y nunca vista hasta entonces. El feld-mariscal Leopoldo de Dessau hizo adoptar la baqueta de hierro en lugar de la antigua de madera, con cuya mejora podia hacerse fuego con mas rapidez. En una palabra, Federico Guillermo I fué el creador de aquel célebre ejército prusiano automático-despótico-feudal que luego, bajo la direccion de un capitán tan ilustre como Federico el Grande, debía conquistar lauros inmarcesibles y despues tener un lastimoso fin cuando en tiempo de Napoleon I se encontró frente á frente con fuerzas nuevas y modernas.

Federico extendió las reformas á la administracion, desterrando de ella con inaudito rigor absolutista los innumerables abusos que se habian introducido; pero al mismo tiempo no veia que cabalmente las personas de su mayor confianza le estaban engañando miserablemente.

En la política extranjera hubo tambien un cambio saludable. El nuevo rey cesó de tomar parte en Utrecht en las conferencias, y negó todo auxilio á favor del emperador fuera del contingente obligatorio. Con las fuerzas que de esta manera resultaban disponibles determinó acudir al auxilio de las provincias bálticas alemanas, librarlas del yugo extranjero y si posible fuera emplearlas en la adquisicion de una parte de la Pomerania anterior. No tardó en presentarse ocasion de intervenir en los asuntos de la Alemania del Norte. El heredero presunto de la corona de Suecia, el duque Carlos Federico de Holstein Gottorp, en los momentos mas angustiosos para la causa sueca propuso al rey de Prusia que en union con las tropas de Holstein tomara las fortalezas de la Pomerania anterior como en depósito para librarlas de los ataques de los aliados. Aceptó la Prusia la proposicion y en junio de 1713 firmóse en Gottorp el convenio con la condicion de que el secuestro por parte de Prusia duraria hasta que se le hubiese resarcido de los gastos de la ocupacion. Al principio el comandante sueco de Stettin rechazó semejante secuestro, pero sitiado luego por los rusos, aprovechó la feliz ocasion de capitular bajo la condicion de entregar aquella importante plaza fuerte y mercantil á tropas neutrales, y pagar 400,000 talers (1,400,000 pesetas) por via de indemnizacion de los gastos que habia originado el sitio á los rusos y polacos. Encargóse la Prusia del pago de esta suma en el convenio de Schwedt, celebrado en octubre de 1713, en el cual se estipuló debidamente, con anuencia del ministro plenipotenciario sueco, que la Prusia conservaria la ciudad en su poder hasta haber cobrado, además de los gastos de ocupacion, la citada suma. Al propio tiempo se declaró la Pomerania tierra neutral; y el rey de Dinamarca, amenazado por un ejército prusiano enviado en auxilio del duque de Holstein, devolvió á este su ducado que ya estaba casi en su totalidad en poder de su enemigo.

Con esto creyó Federico Guillermo haber salvado la Pomerania y el Holstein de la codicia extranjera; pero muy pronto se encontró envuelto en dificultades muy peligrosas. Carlos XII no quiso reconocer el convenio de Schwedt y amenazó á la Prusia con su enemistad. El duque de Holstein, que no podia enemistarse con la Suecia, abandonó al rey de Prusia, y los aliados del Norte, la Rusia, Polonia y Dinamarca le tenían ojeriza porque habia sacado de entre sus garras no solo á Stettin sino á toda la Pomerania anterior y

el Holstein que ya tenían por botín seguro. La situación era tanto más delicada para la Prusia, cuanto que el czar había conquistado ya toda la Finlandia, y con sus numerosas tropas disponibles se preparaba á caer sobre la Prusia, casi su vecina. Urgía pues tomar una resolución ó verse atacado por todas las potencias beligerantes á la vez. Así lo hizo, y para vengarse de la ingratitud de la Suecia y del duque de Holstein, firmó en junio de 1714 un convenio

con la Rusia, en el cual se garantizaron mutuamente ambas potencias sus conquistas; á la Prusia la Pomerania Oriental con Stettin y á la Rusia la Carelia, la Ingria, la Estonia y la Livonia. Hecho esto, se aumentó la guarnición prusiana de Stettin lo suficiente para hacer inofensivos los pocos batallones del Holstein que allí estaban. Poco tiempo después uniós el elector de Hanover al mismo convenio, para que se le garantizase la posesión de los dos ducados suecos



Federico Guillermo I, rey de Prusia. Copia de un grabado de M. Bernigeroth

de Bremen y Verden que había comprado á los dinamarqueses.

El ingreso en el convenio del soberano de Hanover fué de suma importancia para los otros dos aliados, porque cabalmente entonces subió al trono de Inglaterra, reuniendo este gran reino y el Hanover bajo un solo cetro.

Inglaterra tenía en 1712 una deuda nacional de 52 millones de libras esterlinas, cuyos intereses anuales subían á más de 82 millones de pesetas; mas con gran sorpresa de todo el mundo tan enorme deuda, colocada en el mismo país, perjudicaba muy poco á la creciente prosperidad de la nación. La población rural no perdonaba, sin embargo, al partido whig el haber acumulado tan espantosa carga sobre los hombros del pueblo inglés, y de ahí resultó en las elecciones de 1713 una fuerte mayoría tory, cosa muy del gusto de

la reina Ana y de sus amigos Bolingbroke y la señora Masham que abrigaban proyectos jacobitas. Los partidarios de los Estuardos fueron colocados en todos los empleos, y destituidos los funcionarios leales y fieles á la constitución. El general en jefe del ejército inglés, el duque de Ormond, era partidario declarado de los Estuardos. Todo estaba tan adelantado, que espantados los amigos del elector de Hanover, para asegurar la sucesión, decretada en favor de esta familia por el parlamento, proponían que se enviase á Inglaterra un cuerpo de ejército mandado por el mismo elector Jorge Luis, al menor síntoma de enfermedad sería de la reina Ana. El obstáculo principal de los ministros traidores era que su pretendiente, Jacobo III, se negaba con laudable honradez á abandonar su fe católica por la religión anglicana. Los ministros supieron sin embargo que el partido leal trabajaba

mucho para llevar á Inglaterra al elector con un ejército aun en vida de la reina, é hicieron todo lo posible para asegurar el éxito de sus proyectos. Dominando ya en la cámara de los comunes, lograron pronto tener también mayoría en la de los lóres por medio de repetidas hornadas de pares del reino, y en seguida la aprovecharon para hacer votar una ley en extremo reaccionaria é intolerante, conocida por el «acta cismática» en la cual se prohibió toda enseñanza pública ó privada dada por personas que no perteneciesen á la Iglesia del Estado. Esta ley se limitó de propósito á la Inglaterra propiamente dicha donde solo perjudicaba á los adeptos de sectas protestantes, que eran las más furiosas anti-jacobitas; mientras en Irlanda quedaba la instrucción en manos del clero católico. La corriente jacobita-católica subió tan alta, que el mismo Oxford, que en el fondo prefería su religión protestante, se enfadó y se separó de su colega y amigo Bolingbroke hasta entonces ministro de negocios extranjeros. El gobierno inglés estaba ya en correspondencia directa con el pretendiente, el cual tenía su corte de refugiados en la provincia de Lorena en Francia, y desde allí había trabajado mucho para hacer salir del ministerio inglés á Oxford como persona muy poco segura para sus proyectos facciosos.

Estando así las cosas, se frustraron de improviso las esperanzas de los partidarios de la dinastía Estuarda. La reina tuvo súbitamente un ataque apoplético del cual murió á los pocos días, en 1.º de agosto de 1714. Los jacobitas no tenían todavía hechos todos los preparativos para su proyectado golpe de Estado, mientras que los whigs estaban perfectamente organizados y preparados para cualquier acontecimiento eventual. «Seis semanas más dijo Bolingbroke al embajador francés, y estábamos prontos y seguros del éxito!»

Proclamóse por rey á Jorge I de Hanover sin que Bolingbroke ni sus secuaces tuviesen valor ni fuerza material para impedirlo, y el júbilo general que estalló al anuncio de la subida al trono de una dinastía protestante acabó por desalentar del todo á los partidarios de los Estuardos.

El nuevo soberano nombró inmediatamente un ministerio whig; destituyó á Bolingbroke á la primera noticia de su elevación al trono, y pasó en setiembre á su nuevo reino, donde fué saludado por el pueblo entusiasmado.

Jorge I era un hombre muy devoto, pero de carácter duro, sin corazón y sin talento, egoísta y de vida relajada. Por fortuna para Inglaterra entendía poco del idioma inglés y menos de su constitución; de modo que no pudo ejercer una influencia sensible en los destinos y marcha del país, cuyo gobierno dejó al partido whig como era natural. El jefe del gabinete era lord Townsend, hombre recto, honrado, sincero, pero rudo y colérico, que no tardó en organizar una campaña de venganza contra los jacobitas facciosos y contrarios de su partido. Marlborough fué repuesto en su elevado cargo de capitán general de los ejércitos británicos; y mientras el pretendiente no supo hacer sino publicar una proclama, fué disuelto el parlamento y elegido otro nuevo que dió una inmensa mayoría whig. Constituidas que fueron las nuevas cámaras, el gobierno acusó de alta traición á Bolingbroke, Oxford y muchos otros; el segundo fué absuelto y quedó libre; pero el primero fué condenado como culpable, bien que en rebeldía, porque á tiempo había buscado refugio en Francia en 1715. Aun así recibió el castigo que tenía merecido por su conducta traidora en las negociaciones de paz con Luis XIV.

Los tories extremos enfurecidos alzaron en Escocia y el Norte de Inglaterra su bandera sediciosa; pero al cabo de pocos meses quedaron completamente vencidos; y el pretendiente, que muy presto se había trasladado al teatro de la guerra, tuvo que reembarcarse á los pocos días para Francia,

mientras sus parciales más distinguidos pagaban con la vida su fidelidad á la causa de los Estuardos. Desde entonces gobernaron los whigs sin competencia en Inglaterra y en los países sometidos á la corona inglesa.

Con esto fortificóse la dinastía hanoveriana en la Gran Bretaña, lo cual no impidió que el pueblo y el gobierno inglés, en su orgullo ó en su ignorancia patriótica, mirasen con desprecio á la patria alemana de su rey, y con gran solicitud procurasen que los intereses de Hanover no se confundieran con los suyos y quedasen bien separados. Repugnábales en extremo la brutal codicia con que los favoritos y protegidos hanoverianos del rey se enriquecían por toda clase de medios, legales y no legales; asco causó también á la nación inglesa la vida impúdica de su rey alemán en medio de sus queridas que dictaban la ley en la corte, pero con todo, preferían aquel rey bárbaro á los Estuardos falaces y dañinos, satélites y siervos de Francia.

Querido y estimado ó no, para la coalición del Norte fué Jorge una adquisición de inestimable precio, porque como rey de Inglaterra imponía mucho más á los enemigos que como simple elector de Hanover, y la coalición contra la apurada Suecia podía marchar adelante con un empuje ya irresistible.

En esta situación encontró Carlos XII su país cuando volvió del extranjero y entró en Stralsund, donde todavía fué recibido como héroe.

Del exterior amenazaban á Suecia grandísimos peligros, y en el interior ó sea en la Suecia propiamente dicha, era tan grande el descontento, que los representantes de los cuatro brazos del pueblo estaban muy dispuestos á provocar una revolución contra el gobierno absoluto del rey que ellos mismos habían ayudado á establecer. Nada de esto intimidó á Carlos XII, cuya ciega confianza en sí propio era inquebrantable.

Mandó formar causa al consejo del reino, que si había pecado era por haber sido demasiado obediente al soberano durante su ausencia. Rechazó las proposiciones de paz que le hicieron la Prusia y la Polonia; y además excitó contra sí á la Inglaterra y á la Holanda dando patentes de corso contra todos los buques que frecuentasen el Báltico; de modo que la marina de guerra de aquellas grandes naciones marítimas se puso á operar de consuno con la danesa y rusa contra la sueca. A los ofrecimientos del gobierno prusiano contestó sorprendiendo sin ningún aviso previo ni declaración de guerra, las ciudades de Usedom y Wolgast cuyas guarniciones prusianas hizo desarmar. Tan insensata conducta tuvo las consecuencias que eran de suponer. Federico Guillermo hizo desarmar al momento los batallones del Holstein que guarnecían á Stettin simultáneamente con los suyos y estableció en aquella plaza su gobierno y administración en 1715. Los hanoverianos pusieron sitio á la ciudad de Wismar, mientras un ejército de 40,000 prusianos, sajones y dinamarqueses marchó contra Stralsund. Solo pudo reunir Carlos unos 16,000 hombres y se dejó encerrar en la plaza después de algunas operaciones defensivas muy mal dispuestas y peor dirigidas. De Stralsund pasó á la cercana isla de Rugen á donde llevó un numeroso cuerpo de guarnición. Allí estableció su cuartel general, pero no supo impedir que el general Leopoldo de Dessau desembarcara en la isla con un cuerpo de tropas aliadas. Aguardó Carlos á que se atrincherasen los enemigos, y los atacó después con ímpetu ciego: pero rechazado y derrotado con pérdida de las dos terceras partes de su gente, tuvo que abandonar con el resto la isla en noviembre de 1715. Perdida esta isla, no podía sostenerse la plaza en tierra firme, á donde se había retirado Carlos XII y por esta razón tuvo que abandonarla también.

Una vez retirado capituló Stralsund ocupándola las tropas prusianas y danesas á últimos de aquel mismo año. Pocos meses despues rindióse también á los aliados la plaza de Wismar, el último rincón de tierra que la Suecia poseía en el continente.

Mientras todo esto acontecía en el Norte de Alemania, asolaban los rusos las costas de la verdadera Suecia, á donde hubo de retirarse Carlos, despues de una ausencia de 15 años, en cuyo tiempo había perdido todas las posesiones y provincias que la Suecia tenía en el continente, y sacrificado la vida de cientos de millares de sus súbditos. No era, pues, extraño que en lugar de entusiasmo encontrara descontento y amenazas mal reprimidas. Para librarse del nuevo reclutamiento que decretó prefirieron mutilarse muchos infelices jóvenes, porque el entrar en el ejército significaba morir; pero á despecho de todo perseveró Carlos en sus proyectos belicosos, que no solamente requerían soldados sino también dinero. Buscó recursos por medio de empréstitos y nuevas contribuciones que se sacaron de la población con inaudito rigor; mas no bastando todo esto, hizo acuñar por mas de 35 millones de talers de moneda falsa, sin ningún valor, é imprimir papel moneda. Basta decir que los gastos subían anualmente á 125 millones de pesetas, y los ingresos regulares, sin los extraordinarios, solo á 5 millones de pesetas anuales.

Todos estos esfuerzos tan monstruosos como estériles é impotentes contra la inmensa superioridad de las potencias coligadas contra la Suecia, duraron hasta que en 11 de diciembre de 1718 una bala enemiga, no alevosa como se ha dicho, disparada durante el sitio de la fortaleza noruega de Fredrikshal acabó con la vida de Carlos XII. Su muerte fué solemnizada con el sacrificio de 16,000 suecos que en el corazón del invierno septentrional había enviado á operar en los glaciares de Noruega con orden de no volver sino victoriosos.

Solo volvieron mil.

Carlos XII no fué, como se ha creído, un gran general. Era simplemente un genio aventurero, sandio, ciego y obstinado. Al principio alcanzó ventajas porque tenía un ejército excelente y sin rival, mientras sus contrarios solo disponían de huestes sin instrucción ni práctica militar; mas apenas tuvo en frente soldados prácticos, las victorias se le trocaron en constantes derrotas. Solo debe su fama á su arrojo sin igual, á su temeridad demente, y á su confianza imperturbable. El aniquilamiento del poder é influencia exteriores de su patria, y la destrucción de su bienestar interior para todo un siglo, fueron la obra de Carlos XII que no conoció ni lástima ni misericordia, ni tuvo mas guía que su capricho y su necio orgullo.

Muerto Carlos XII, estalló el descontento que fermentaba desde larga fecha en el corazón de la infortunada nación sueca, convencida ya de lo pernicioso que era la monarquía absoluta. El parlamento, reunido á toda prisa, trasformó el país en monarquía electiva, en la cual volvió á tener el consejo del reino, es decir, la alta aristocracia, todo el poder. Este gobierno se propuso desde luego hacer la paz con las potencias enemigas á costa de cualquier sacrificio. La última de estas que firmó el correspondiente tratado con la Suecia fué la Rusia que lo hizo en el año 1721 en la ciudad de Nystaedt.

De todas sus provincias en el continente solo se devolvió á la Suecia la estéril y asolada Finlandia y la parte occidental de la Pomerania anterior con Stralsund. Los ducados de Bremen y Verden quedaron para el Hanover; la Prusia obtuvo la parte oriental de la Pomerania con Stettin; la Dinamarca los territorios de los duques de Holstein-Gottorp,

y la Rusia, las provincias llamadas especialmente bálticas, bien que el czar se empeñó tenazmente en quedarse también con la llamada Prusia occidental y el Meklemburgo, y fué menester para hacerle desistir que el rey de Prusia le amenazara con oponerse á esta pretensión con la fuerza de las armas.

Con estos recortes y la prolongada lucha perdió la Suecia para siempre su carácter é influjo de gran potencia, mientras que los mismos sucesos dieron á la Rusia una posición preponderante en el Este y Norte de Europa. Su escuadra imperaba en todo el Báltico, pues que Alemania no tenía marina de guerra. Esta preponderancia moscovita dirigióse en seguida contra la desgraciada Polonia, que entregada de nuevo al miserable rey Augusto II, salió de esta guerra mas arruinada y debilitada que la misma Suecia. Como el rey allí no tenía ninguna autoridad y además siendo extranjero solo inspiraba antipatía, devorábanse entre sí y destruían el país un sinnúmero de partidos. Los parlamentos apenas reunidos quedaban inválidos por el famoso «veto» que tenía cada uno de los infinitos nobles del reino; mientras que á favor del otro fuero de la nobleza de sublevarse en cuerpo y por distritos contra el gobierno central, siempre que lo creyera justo, cada año, ó poco menos se establecía en una ú otra parte del país, que no era mas que una república oligárquica, un parlamento disidente ó como lo llamaban, una «confederación.» A tantos elementos de desorden incurable, agregóse que el parlamento central en 1717, contra lo pactado en todos los tratados anteriores, acordó que sin ser católico no pudiera desempeñarse ningún empleo. Mientras se entretenían los polacos en estas pendencias, el czar se fué estableciendo cada día mas sólidamente en el país, fingiéndose amigo y aliado, tanto que sus tropas estaban allí tan permanentes como si estuvieran en Rusia. Cuando alguna voz se levantaba en el parlamento contra la opresión rusa, no faltaba un partido sobornado por el czar que impidiera toda resolución definitiva contra él; y con semejante recurso ni siquiera pensaba Pedro I en restituir á la Polonia una parte de la Livonia conforme estaba obligado á hacerlo en virtud de diferentes tratados.

Los ingresos anuales de toda la Polonia y la Lituania juntas, no llegaban en total á 35 millones de pesetas; el ejército constaba de 24,000 hombres en el papel, pero mucho menos en efectivo.

La posición de Austria tenía también sus dificultades. Por el lado de Levante aparecía ya amenazador el futuro coloso ruso; en el Norte de Alemania iba creciendo el poder de Prusia como en Italia el de la casa de Saboya con Sicilia; elementos todos que mermaban mucho la preponderancia austriaca, especialmente dentro del imperio alemán. Por esta razón sentían en gran manera los ministros del emperador no poder agregar definitivamente la Baviera á los Estados austriacos, indemnizando al elector con la Bélgica, cosa que habría podido hacerse muy bien en la paz de Rastadt, tanto mas cuanto que el elector Maximiliano Manuel accedía á esta combinación. La anexión de la Baviera era, en efecto, una idea antigua de la corte de Viena, tan antigua como la posesión de la Bélgica; y ciertamente con la incorporación de la Baviera, la casa de Austria habría predominado en Alemania y los Habsburgos habrían acabado por ser emperadores, no solo de nombre sino también de hecho, del territorio alemán. Esto solo podía hacerse entonces, antes que apareciese en escena un Federico II de Prusia y cambiara las cosas como las cambió; pero cabalmente por lo mismo que el Austria con la Baviera podía adquirir tal preponderancia, el gobierno francés no quiso siquiera oír hablar de semejante plan. Podría sin embargo haber seguido trabajando en esta dirección el

gabinete de Viena despues de hecha la paz; mas para esto no era bastante alemán Carlos VI, que lo mismo que Carlos V era mas español por sus simpatías, que príncipe alemán encumbrado al trono imperial. Uno y otro estaban rodeados también de españoles, con la diferencia de que Carlos V representa en la historia la nación española en su mayor importancia, y Carlos VI, tercero en España como pretendiente, la representa en su decadencia. Gustábase mas la etiqueta minuciosa y petrificada, la veneración ciega é idólatra del ceremonial español hacia la persona del monarca, que las maneras francas, rudas, discolas é insolentes de la alta nobleza alemana con sus ribetes de soberanía (1). Aquella se armonizaba mas con la índole orgullosa y el carácter vano de Carlos VI y con sus ensueños juveniles, cambiados en melancólicos pero dulces recuerdos de la esperanza de reunir algún día bajo su cetro todos los dilatados dominios de su antecesor el emperador Carlos V de Alemania y primero de España. Los muchos emigrados españoles que le rodeaban, que por él habían dejado sus bienes y su patria, y á los cuales no podía menos de mostrar gratitud por su afecto y sus sacrificios, contribuían aun mas á condensar la atmósfera española y sentimental en que vivía. Por esto no solamente los colmó de mercedes, riquezas y dignidades, sino que siguió sus consejos, y formó el llamado «Consejo Español» al cual encargó la administración de las provincias que le habían tocado como parte de la herencia española. Para entrar en este consejo era necesario ser español; y era español también el idioma oficial que en él se usaba.

Sabiendo esto y teniendo presente la profunda aversión que la España y cuanto era español inspiraban á los italianos que por siglos habían estado sometidos al gobierno de España, se comprenderá el efecto que les causaría la instalación de semejante consejo y su gobierno. Por otra parte era este consejo español una carga inaguantable para el gobierno y el tesoro del Austria, porque mientras el gabinete imperial con todo su personal alto y bajo solo constaba de siete individuos, tenía nada menos que cincuenta el consejo español, dotado con emolumentos desconocidos entonces, porque el consejero mas íntimo de esta corporación cobraba 10,000 florines anuales, cuya suma representaba entonces lo que hoy 75,000 pesetas. Inútil es decir que estos señores proveían todos los empleos productivos en la Italia austriaca en compatriotas suyos, la mayor parte aduladores serviles y mendigos. Estos mismos hombres fueron los que persuadieron al Emperador que renunciara á la idea de seguir adelante con su proyecto de cambio de Baviera por la Bélgica para no perder los empleos pingües que tenían en esta región ni robustecer el odiado elemento alemán en la corte imperial á cuya cabeza figuraba el príncipe Eugenio. Este príncipe italiano, nacido y educado en Francia, tenía que sostener y defender el elemento alemán en la corte del emperador de Alemania. Sus méritos y elevada categoría podían imponer á la camarilla española, pero Carlos VI ni sabía apreciarle ni le tenía afecto, al revés de su difunto hermano José, porque del mismo modo que á su padre, al cual se parecía en tantos otros conceptos, le molestaban la superioridad intelectual y el carácter enérgico del príncipe. Estos monarcas sin talento consideraban casi como un crimen de lesa majestad que un súbdito suyo fuera mas inteligente y varonil que ellos. En sus cortes los hombres mas obtusos y miserables eran los mas favorecidos é influyentes, como en la de Viena donde un tal Schlick, feldmariscal, siempre vencido en todos los encuentros, en secreta connivencia con

el mismo emperador molestaba continuamente al príncipe Eugenio con sus cábalas, creándole á cada paso dificultades y tropiezos.

Así el Austria marchaba como antes sin política fija, divagando siempre, y no acertando nunca con un derrotero seguro y constante ni en el interior ni en el exterior.

Gracias al talento y lealtad de Eugenio, establecieron relaciones en cierto grado amistosas con la corte de Francia, relaciones que, aunque pasajeras, tuvieron consecuencias importantísimas, y para el emperador muy provechosas; todo á pesar de las intrigas de los consejeros españoles de Carlos VI, devorados por el odio que tenían á los Borbones. Los cimientos de estas relaciones se echaron por Eugenio en sus negociaciones de paz con Villars en Baden, llamando la atención de este sobre la circunstancia importante de la igualdad de religión entre Francia y Austria.

Podemos formar una idea de la sandez de ciertos monarcas de aquella época por la muestra que dió de sí Carlos VI de Austria y emperador de Alemania, y se comprenderán al mismo tiempo el trabajo ingrato, la generosidad y elevados pensamientos que eran menester para que talentos como el príncipe Eugenio lograsen introducir solo una parte pequeña de las muchas mejoras y ventajas que deseaban para el país á cuyo servicio se habían dedicado.

Cuando Eugenio estaba en lo mas interesante de sus negociaciones con la corte de Francia, persuadieron los españoles al emperador en Viena á que, ya en plena paz, enviara auxilio desde Sicilia á los últimos catalanes que luchaban todavía contra el rey Felipe. Por fortuna llegó demasiado tarde el auxilio; á no ser así, habríase renovado la guerra apenas concluida, y esto para sostener una causa desgraciada y ya perdida. Eugenio, al saber semejante insensatez, advirtió al emperador los peligros á que se exponía en todo caso, y la recompensa de su advertencia fué su destitución de la lugartenencia de Milan. Así se vengó el *Consejo español*.

En menos de un año, la disposición de los ánimos en el Milanesado y reino de Nápoles se había vuelto tan anti austriaca como antes había sido anti-española.

Con tales condiciones dibujábase el porvenir del Austria y de Alemania muy sombrío; porque no era fácil que encontraran siempre en su camino á un Guillermo III y una Gran Alianza obligados por las circunstancias á salvar á la «ilustre casa de Austria» de la ruina, sacarla de los mas graves peligros, y enmendar sus defectos y errores con la sangre y el oro de los pueblos inglés y holandés, y todo para que, apenas salvados, los obtusos y fanáticos monarcas de Viena los repitieran confiando impertérritos en la estrella indestructible de la *Austria Feliz*; porque ¡*Felix Austria!* es el lema de los Habsburgos.

CAPITULO VII

MUERTE DE LUIS XIV

En medio del fragor de las armas, seguía también adelante la lucha de las inteligencias, demasiado empeñada ya desde mucho antes entre las ideas nuevas y las viejas, que defendían tenazmente sus posiciones respectivas palmo á palmo para que el fulgor siniestro del incendio general causado por la guerra de sucesión española no alumbrase también la obstinada contienda entre los principios del pasado y los del porvenir. Luis XIV, con su instinto certero, había reconocido en estos últimos el enemigo temible de las monarquías absolutas, monacales, y el de la institución de la nobleza, como él quería la suya y como con tanta propiedad la había sabido encarnar en su persona. Por esto, á medida

(1) Y sin embargo esa etiqueta ciega é idólatra no fué introducida en España sino con la casa de Austria. (N. del T.)